



La identidad cristiana ante el dinero y los bienes materiales

José Manuel GARCÍA FERNÁNDEZ

Instituto Teológico San Fulgencio. Murcia

Resumen: Este artículo trata de exponer la identidad cristiana ante el dinero y los bienes materiales basándose en primer lugar en el mensaje bíblico, un mensaje que culmina en el modo de vida de los primeros discípulos de Jesús. La actualización de este mensaje a nuestros días parte de la opción por los pobres y la liberación integral del hombre como papel principal de la Iglesia en el campo socioeconómico. Finalmente se propone la austeridad de vida como modelo antropológico de la identidad cristiana.

Palabras claves: *Moral económica, Doctrina social de la Iglesia, Pobreza-Virtud.*

Summary: This article tries to set out Christian identity in front of money and material goods, taking its basis, primarily, in the Biblical Message; a message that culminates in the way of life of the first disciples of Jesus. The updating of this message to our days starts from the option for the poor and man's all round liberation as the main role of the Church in social-economical ground. Finally, austerity of life is proposed as an anthropological model of Christian identity.

Key words: *Economic Morals, Church Social teaching, Poverty-Virtue.*

1. INTRODUCCIÓN

Estas páginas pretenden ser una ayuda más, que ofrezca al Pueblo de Dios las ideas básicas que conforman el mensaje eclesial concerniente a la relación auténtica y específica, que un cristiano ha de mantener con el dinero y los bienes materiales. Aunque es evidente, en mayor o menor medida, la presencia de estos últimos en la vida social actual; no es común encontrarse con manifestaciones y actitudes coherentes con los principios emanados de la Divina Revelación y el Magisterio de la Iglesia; por consiguiente, es necesario exponer los rasgos específicos concordantes con la identidad cristiana, a fin de posibilitar un discernimiento y una conciencia recta y bien formada al respecto.

El dinero es esa ambivalente realidad, generadora de desigualdad e insolidaridad, pero también de lo contrario, en las decisiones y relaciones humanas; es el soporte de la instalación egoísta de tantas personas e incluso instituciones, que sólo alimentan el tener, con un consiguiente olvido del ser, opciones fundamentales clave vertebradas de proyectos distintos y distantes en lo que a ser persona se refiere; es la puerta de todo y la llave de nada; es un medio que con frecuencia cobra razón de fin.

De entrada, procede reconocer que el desprendimiento efectivo de los bienes materiales, que se fundamenta en la alteridad y la Transcendencia, tiene garantía de futuro y plenitud para quien decide tal opción. Tales cimientos, proporcionan robustez suficiente para superar cualquier dificultad. Nada tiene que ver con el sentimentalismo provocado y ocasional, con resultado de generosidades puntuales, que sólo resuelven resquicios de necesidad. Las carencias de tantos necesitados no tienen solución gracias a los minutos extraordinarios en que se da de lo que sobra, sino a toda una vida entregada a dar y compartir lo que se es y tiene.

2. VALORACIÓN DEL DINERO Y LAS RIQUEZAS

En el pórtico de este estudio, comenzamos por explicitar una síntesis, que a su vez sirva de referencia en todo el desarrollo: el dinero y los bienes materiales son indiferentes en sí mismos, la valoración positiva o negativa, dependerá del uso que el hombre haga de ellos¹, consecuencia del ejercicio de la *libertad responsable* que S. Pablo muestra en Gal 5,13-24; de manera que si se actúa guiados por el Espíritu, los frutos son la generosidad, el amor y dominio de sí, entre otros (vv. 22-23); y si es bajo la influencia de los bajos instintos: egoísmo, envidia... (vv. 19-21). Como dice el profeta Isaiás, las injusticias radican en el corazón del hombre (Is 1,21-26).

Como dinero estrictamente, no era condenable (cfr. Mt 22,19-21; Mc 12,15-17; Lc 20,24ss.), pero estaba mal considerado por ser instrumento de tráfico de los publicanos o de los predicadores ambulantes (Lc 3,13; 2Cor 2,17) así como de la codicia de quienes lo deseaban sobre todas las cosas (Lc 16,14; Act 20,33; 1Tim 3,3; 6,10; 2Tim 3,2; Hb 13,5). Se considera algo percedero y nunca un valor a tener en cuenta (Mt 10,9; Lc 9,3; Act 3,6; 8,20; St 5,3; 1Pe 1,18). Jesús invita a sus apóstoles a no procurarse oro ni plata cuando los envía a evangelizar (Mt 10,9). El AT también habla del peligro que supone, sirva como ejemplo cuando Moisés previene contra el orgullo que ocasiona su posesión, prohibiendo que los reyes la tengan en abundancia (Dt 8,13; 17,17).

3. EL MENSAJE BÍBLICO

La Biblia condensa la Historia de la Salvación, es la Revelación de Dios que manifiesta cuál es su proyecto sobre el hombre y el mundo. La relación Dios-Hombre-Mundo está presente en cada una de sus páginas; por ello, cada versículo, cada frase, están llenos de contenido, y; por consiguiente, de hechos y matices tan variados y ricos de propuestas, como es todo lo relacionado con estos aludidos tres grandes personajes. Gravitando, en el centro de todo, se encuentra el acontecimiento más importante de toda la Historia: la Encarnación de Dios en

¹ Cfr. J. PELÁEZ, «Jesús y el dinero. La parábola del rico y los graneros (Lc 12,13-40)», Universidad de Córdoba, p. 4.

Cristo²; Dios se hace hombre; es la Promesa que tiene Cumplimiento. La Promesa, vertebra todo el Antiguo Testamento; el Cumplimiento, el Nuevo Testamento; los dos grandes bloques en que está dividida esta gran obra, cuyo contenido es la Palabra de Dios.

La investigación sobre un tema específico, como es el dinero y los bienes materiales, no es ajena a esta realidad básica, y por supuesto a las divisiones y subdivisiones del libro de libros, en que se encuentran los textos objeto de estudio. Es evidente la diferencia existente entre el mensaje veterotestamentario y neotestamentario, así como el distinto tratamiento encontrado en el Pentateuco, Profetas, libros Sapienciales, por citar ejemplos significativos de subgrupos de libros correspondientes al Antiguo Testamento; así como en el «corpus» paulino, joanneo, o evangelios sinópticos, correspondientes éstos al Nuevo Testamento. Cada una de estas colecciones, cada libro por separado está enclavado en una etapa histórica y en un contexto sociocultural, a los cuales responden, aportando una evolución, que dice cómo eran el hombre y sociedad de cada etapa histórica, y quién es Dios; existiendo clara diferencia entre los proyectos y actuaciones de uno y otro.

En las páginas de la Sagrada Escritura, se encuentran manifestaciones de todo tipo, referentes a la concepción y uso del dinero, similares a las de hoy, sólo que con distintos personajes y mediando una gran distancia histórica, residiendo ahí la tesis medular de este menester investigador: primero aparece el hombre, después el dinero, y la relación entre ambos siempre ha producido las mismas consecuencias. Se trata de una reflexión antropológica, teológica y ética, donde la historia y otras ciencias (economía, sociología, filosofía...) son instrumentos, insustituibles y sumamente necesarios, pero al servicio del conocimiento del Hombre, y necesaria e inevitablemente, de Dios y el Mundo. Lejos de dualismos devaluadores del pensamiento, se ha de tener muy en cuenta lo siguiente: Dios (a través de mediadores en el AT: patriarcas, profetas...; y Él mismo: Jesucristo, en el NT. —cfr. Hb 1,1—) no piensa ni siente lo mismo que el hombre; de tal modo que su proyecto es el ideal normativo que ofrece de mil maneras, no imperativa sino indicativamente (cfr. Mt 5,21-48), y que a veces, excepcionalmente se realiza; este último aportará actuaciones que reclamarán y obtendrán singulares y extraordinarias respuestas por parte de Dios, constituyendo éste y no otro, el mensaje de la Biblia acerca del dinero y los bienes materiales, que, aunque quizá conocido, es tan específico y alternativo, que merece ser sistematizado para conocimiento de quien esté interesado.

Si el AT aporta 1398 versículos relacionados con el tema, y el NT, 742, resulta curioso concluir que, si bien, en términos absolutos, el A.T., dedica casi el doble de referencias que el NT, en términos relativos, ocurre al contrario: 9'3% el N.T., y, 5% el A.T. De estos datos, no se puede afirmar con rigor y objetividad, que preocupe el problema más al N.T. que al A.T. En ambos casos, se trata de una realidad que importa e impacta, con matices y tratamiento específico, que concluirán y coincidirán en la tesis teológica de estas reflexiones: «No podéis servir a Dios y al dinero» (Mt 6,24; Lc 16,13), frase referencial, donde el término griego empleado es «mammonas», el dinero idolatrado.

Por ello, resultará provechoso descubrir lo que dice la Ley, o bien, cómo los profetas denuncian las injusticias procedentes del hombre inicuo que se aparta de la voluntad de Dios, o las enseñanzas de los sabios de Israel; y, preferentemente, los dichos y hechos referenciales de Jesús de Nazaret.

2 La Carta Apostólica de S.S. Juan Pablo II, *Novo Millennio Ineunte*, afirma: «Cristo es el fundamento y el centro de la historia, de la cual es el sentido y la meta última (...) Su Encarnación, culminada en el misterio pascual y en el don del Espíritu, es el eje del tiempo, la hora misteriosa en la cual el Reino de Dios se ha hecho cercano». (nº5)

La sistematización se realiza desde la pretensión de conocer el hombre y la sociedad bíblicos, convencidos de estar conociendo al hombre y sociedad de sus respectivos contextos históricos, y por ampliación al hombre y sociedad en general; por ello, y haciendo siempre referencia a las subdivisiones antedichas, se habla de casi todo aquello que los textos bíblicos aporten como consecuencia de la implantación del dinero en la vida y en el corazón del hombre³, a saber: los impuestos (Ex 30,15; Mt 17,24-27; Rm 13,7), el templo (Jr 7,11; Mt 21,13; Mc 11,7; Lc 19,46), las profesiones (Mt 13,55; Mc 6,3; Mt 10,3; Act 9,43; 10,1; 16,14), la codicia (Jos 7,21-25; 2Re 5,20-27; 1Tim 6,10), el diezmo (Num 18,15-18.20-32), la usura (Ex 22,24; Lv 25,37), los préstamos e intereses (Ex 22,24; Dt 15,1-6; 23,20-25; 1Re 9,14), la prosperidad económica (Zc 8,11-12), el salario (Gn 29,15-18.27-28; Ex 2,9; Lv 19,13; Dt 24,14; Jb 7,2; 1Tim 5,18), salario social (Dt 24,14; cfr. Lv 19,13), la propiedad (Gn 4,3-4), herencia (Lc 12,13-14), la riqueza adquirida honestamente (Eccl 31,8; Pr 10,4; 11,16; 24,4), sobornos (1Sam 8,3; Am 5,12; Miq 3,9-12; 7,3; Is 1,23; 5,23; Ez 22,12), hasta del secuestro de personas con fines lucrativos (Ex 21,16) y otros.

Si el Antiguo Testamento se caracteriza por un enfoque teocéntrico, el Nuevo Testamento es cristocéntrico. La historia, cuya autonomía es respetada, está relacionada con Cristo desde su inicio, *«pues por su medio se creó el universo celeste y terrestre, lo visible y lo invisible, ya sean majestades, señoríos, soberanías o autoridades. Él es modelo y fin del universo creado, Él es antes que todo y el universo tiene en Él su consistencia»* (Col 1, 16-17), y tiende hacia Él, en ese momento final en que todo quedará sometido bajo sus pies.

La Humanidad entera tiene la oportunidad y la suerte de entrever el futuro hecho presente en Cristo, pues sus palabras y obras anticipan algo de lo que será ese maravilloso futuro que anunciaron los profetas (Is 7,14-16; 9,1-6; 11,1-9; Zc 9,9-10; Mlq 3, 1-5). La Palabra de Dios sigue interpretando la historia, a la cual el cristiano está obligado a enjuiciar mediante esa Palabra que es Cristo mismo, con la mirada puesta en el futuro que se hace presente en Él.

Desde este horizonte, en que pasado, presente y futuro, interactúan en la vida; resultará evidente, cómo lo único que enriquece al hombre es Jesucristo, mientras el dinero y demás bienes materiales de este mundo lo empobrece y envilece.

3.1. El mensaje veterotestamentario

Las riquezas en general y el dinero en particular, para los autores del AT, son naturalmente buenas, hasta el punto de formar parte del plan de Dios⁴, que quiere la felicidad para todos y cada uno de los seres humanos; ahora bien, más exacto es decir que el dinero y las riquezas en sí no son buenas ni malas, de tal modo que su bondad o maldad es consecuencia de la relación que el hombre mantiene con ellas, como ya se afirmó anteriormente; el cual, siendo como es, libre; genera actuaciones justas, injustas; lícitas, ilícitas; solidarias, insolidarias; generosas, egoístas; y tantas parejas de antinomias como puede generar el obrar humano al respecto. Desde esta perspectiva, constituyen, bien una prueba⁵ divina para demostrar la sensibilidad

3 Los temas son tan variados y los textos tan cuantiosos en número, que resulta obligado citar solo algunos de ellos, y en su caso, los más representativos. El objeto de esta presentación, que es general y sintética, no posibilita mayor profundidad y amplitud; por consiguiente, excusa del tratamiento de mayor alcance que, sin duda, merecen las cuestiones aludidas.

4 Cfr. P. DEBERGÉ, *El dinero en la Biblia*, Bilbao, DDB, 2000, p. 33.

5 Cfr. S. LEGASSE, «Richesse», *Supplément au dictionnaire de la Bible*, T.X, Paris, 1963, col 654.

hacia los pobres; bien, el peligro de absolutizar lo que es relativo, convirtiéndolo en patrón, medida de todo, de tal modo que personas y cosas serán valoradas según parámetros exclusivamente egoístas, que cimentan falsas seguridades, y son fuente de toda clase de maldades.

Por ello, la Palabra de Dios, llama la atención respecto la injusta adquisición de cualesquiera bienes y dinero (Eclo 5,8) y del rápido enriquecimiento (Pr 13,11). Las riquezas producen orgullo y vanidad (Pr 28,11) y alejan al hombre de la voluntad divina (Pr 30,9; 11,28; Sal 52,9).

El verdadero tesoro es la sabiduría, que es lo concedido por Dios a Salomón, por no ansiar éste las riquezas: *«por haber pedido esto y no una vida larga o riquezas para ti ni tampoco la vida de tus enemigos, sino inteligencia para atender la justicia, obraré según tu palabra: te concedo un corazón sabio e inteligente, como no ha habido antes de ti ni surgirá otro igual después de ti»* (1Re 3,11-12). El libro de la Sabiduría, último del AT, afirma que la sabiduría dada por Dios (8,21), es el «tesoro inagotable», que está por encima de todos los bienes materiales. A su lado, la «plata es como barro» (7,8-9.13-14; cfr. 8, 5,18), y, no se puede comprar: «no se puede adquirir con oro puro, no se paga a precio de plata» (Jb 28,15). Todo el mensaje sapiencial transmite para el creyente una idea troncal, y es la siguiente, sólo la sabiduría que hunde sus raíces en el conocimiento de Dios, o lo que es igual, en la experiencia íntima de Dios, puede conducir a un empleo justo y fecundo de los bienes materiales; y sólo ella permite que la riqueza material sea reconocida como don de Dios, y no como mero logro humano.

La Ley, es decir, los cinco primeros libros bíblicos, introducen y legislan a raíz de los problemas que sobrevienen con la introducción del dinero y de la actividad económica [*Código de la Alianza* (Ex 20,22-23,19); *Código Deuteronomico* (Dt 12-26); *Código de Santidad* (Lv 17-26)]. El pueblo, la sociedad evolucionan hasta un punto en que el alejamiento del plan divino es tan grave, que se hace necesaria una denuncia contundente por tantas injusticias cometidas, que suponen el aplastamiento de los más necesitados; esta labor corresponde a los profetas (Am 8,4-7; 6,4-7; Os 12,8; Miq 6,9-11; Sf 1,10-11; Is 10,1-3). Más adelante, la literatura sapiencial (Sb 7,8; Sal 15; Ecls 5,9; Pr 10,2; 11,4; 28,22), se encargará, desde la paz y la serenidad, de aportar reflexiones y consejos, que suficientemente respaldados por la historia, aportarán al pueblo un tesoro inmenso, como es la sabiduría, el conocimiento necesario para saber discernir qué es lo que hace más feliz y acerca a Dios y a los hermanos; enseñanza que se ofrece universal e integralmente a la humanidad, por consiguiente, a todo hombre y a todos los hombres, para no caer en las trampas (Eclo 31,5-11) de la «raíz de todos los males» (1Tim 6,10), que como es conocido es el afán de riqueza y el amor al dinero, algo que San Pablo, y fundamentalmente Jesús enseñarán con toda clase de detalles, e inserto en un proyecto de vida tan radicalmente distinto y novedoso como el aportado por los escritos neotestamentarios en su conjunto, si se comparan con los veterotestamentarios; teniendo bien claro que, si bien los problemas de fondo que ambos presentan a reflexión son casi los mismos, no son iguales las circunstancias, ni los proyectos de hombre y sociedad en que se asientan. Sin duda alguna, los escritos bíblicos son fuente suficiente para conocer quién es el hombre, aunque medien siglos y siglos de distancia entre su redacción primera y una lectura presente; no pudiendo afirmar lo mismo respecto la sociedad, que es algo dinámico y cambiante, lo que impele necesariamente a analizarla en cada momento o etapa precisa, para conocer con exactitud y saber de qué «sociedad» estamos hablando. Obviamente, el hombre, la persona, evolucionan, pero en verdad, aunque en ámbitos, culturas distintas, en poco se diferencia, básicamente, respecto el tema que nos ocupa, el hombre bíblico del de cualquier otra etapa histórica.

Es una legislación, no exenta de utopía, que pretende luchar contra todos los tipos de pobreza; y que constituye una aspiración⁶; que, por consiguiente, ni siempre ni todos cumplían lo que se legislaba para general cumplimiento. Si el ideal reside en que lo legal también sea lo justo, en este caso se produce una igualdad, más, una identidad; lo que no se puede afirmar de algunas legislaciones contemporáneas al respecto.

El exclusivo ánimo de lucro corrompe a las personas, conduciéndolas al olvido de Dios y el prójimo. La idolatrización del dinero y, consiguiente ansia ilimitada de acumular (Is 3, 18-21 —joyas—; 5, 8-10 —propiedades—), son la causa de todos los males: la contaminación de las autoridades, amigos de sobornos y en busca de regalos (Is 1,23); sus casas están llenas de lo robado a los pobres (Is 3,14); los jueces, por soborno absuelven al culpable y niegan justicia al inocente (Miq 3,11), modifican las leyes para apoderarse incluso de los bienes de los más desprotegidos: huérfanos y viudas (Is 10, 1-4a).

Aunque Jesús es quién denunció más claramente este hecho y también Pablo⁷ siguiendo sus huellas, no fue el primero en hacerlo. Fueron los profetas, los iniciadores de la denuncia social de esta forma de idolatría.

Según el J.L. SICRE⁸, se ramifica en tres direcciones distintas:

- premeditada. Constituye una injusticia directa que supone la entrega total a *Mammon*. Oprimir, defraudar, robar, aumentar el precio de los productos, usar balanzas con trampa, deshaciar, esclavizar a pobres y niños, son acciones en las que se manifiesta, y que tienen en común el impulso a privar a los demás de sus bienes, y la falta de respeto a las posesiones y la vida del prójimo.
- Egoísta. Se trata de una injusticia indirecta, consistente en comportamientos despreocupados que implican olvido de los demás, especialmente de los más necesitados; incapacitados y no dispuestos a compartir, cuya vida llena de lujo y despilfarro son lo único importante para ellos y a la vez, un insulto para con los más pobres. Al contrario que el anterior, aparece bien poco en los profetas, pues el único texto encontrado está en Amós (6,6b), cuando se habla de los ricos de Samaría, que se dan la gran vida, despreocupados totalmente de sus conciudadanos pobres. Personas de gran fortuna que pueden permitirse toda clase de lujos y caprichos: lechos de marfil, divanes, perfumes exquisitos (Am 6, 4-6)⁹, actuaciones que suponen olvido de Dios y el prójimo, como indica el oráculo contra los comerciantes (Am 8,4-7).

6 La carta apostólica como preparación del jubileo del pasado año 2000, de S.S. Juan Pablo II, *Tertio Millennio Adveniente*, confirma lo dicho: «En gran parte los preceptos del año jubilar no pasaron de ser una expectativa ideal —más una esperanza que una concreta realización, estableciendo por otro lado una *prophetia futuri* como preanuncio de la verdadera liberación que habría sido realizada por el Mesías venidero». (nº 13).

7 En efecto, S. Pablo define la codicia como idolatría (Col 3,5), y al codicioso como idólatra (Ef 5,5). Conviene decir al respecto que F. PRAT niega que el término griego «pleonexia» tenga el sentido de «avaricia» o «codicia», prefiriendo referirlo a la concupiscencia carnal. No obstante, la mayoría de autores acepta el sentido de «codicia». Véanse: G. DELLING, «Pleonéktēs, pleonektéō, pleonexia»: *ThWNT (Theologisches Wörterbuch zum Neuen Testament) VI*, 266-274; P. ROSSANO, «De conceptu pleonexia in NT»: *VD (Verbum Domini)*, 32, (1954) 257-265; E. KLAAR, «Pleonexia, éktēs, ektein»: *TZ (Theologische Zeitschrift)* 10(1954), 395-397; S. LYONNET, «Peché»: *DBS (Dictionnaire de la Bible. Supplément)* VII, 498ss.

8 J. LUIS SICRE, *Los dioses olvidados —poder y riqueza en los profetas preexílicos—*, Madrid, Cristiandad, 1979, p. 379.

9 Texto en el que parece inspirada la parábola del rico y Lázaro (Lc 16,19-31).

- Agobio por la supervivencia. Un término tomado por J.L. SICRE¹⁰ del Nuevo Testamento (Mt 6,25), pues nunca aparece en los Profetas. Con ello se quiere indicar el simple deseo de tener más, y de asegurarse desmedidamente la buena situación en el futuro. Depositán la confianza en algo que no es Dios y lo divinizan, convencidos que es la garantía para sus vidas.

Los profetas detectaron una actitud idolátrica en la confianza que el pueblo ponía en las grandes potencias y en el dinero. La idolatría tiene dos vertientes, una que se orienta contra el primer mandamiento («no tendrás otros dioses frente a mí». —Ex 20,3—) y otra, dirigida contra el segundo mandamiento: la prohibición de fabricar imágenes de Dios y darles culto (Ex 20,4-5). Aunque se ha discutido mucho sobre el sentido de esta prohibición, la interpretación más aceptada es que intenta impedir la manipulación de Dios, la domesticación de la divinidad, la puesta en servicio de la Transcendencia para con la inmanencia, la utilización de Dios en provecho propio. En estos errores cayeron muchos israelitas, y los profetas se vieron obligados a denunciarlos.

3.1.1. Actitud ante el dinero y síntesis del profeta y del sabio al respecto

Jeremías habla de las riquezas, condenando siempre las injusticias que ocasiona, desde una doble perspectiva: con la energía característica del profeta (5, 25-28), y con la mirada escéptica del sabio (17,11), cuya distancia mental respecto de los problemas, para no perder ni hacer perder la paz interior; no significa que su corazón no hierva, al menos igual que el de un profeta.

Isaías, igualmente consciente de todo esto, lo relaciona, y ésta es su novedad, con el orgullo, el poder y la ambición política (3, 18-21; 5, 8-10.11-13); algo que resumí el v.5,8: «¡Ay de los que añaden casas a casas y juntan campos con campos, hasta no dejar sitio, y vivir ellos solos en medio del país!».

Los sabios. Es la distancia larga de quienes nunca se dejan dominar por las situaciones, acompañada de la distancia corta, la única que hace vivir, sentir y hasta padecer, como auténtico sujeto, aquello que se dice. El sabio sabe lo que dice, porque lo dice y a quién se lo dice.

3.1.2. Dos actitudes distintas ofrecidas por la realeza

El alcance didáctico y moral, se hace explícito en la contraposición de actitudes entre padre e hijo, Josías y Joaquín; el primero entiende la realeza como un servicio a los débiles; el segundo, como rivalizar en lujo, cometiendo toda clase de injusticias y maldades. Tal actitud egoísta, pues excluye al prójimo; y atea, pues prescinde de Dios, solo cosechará odio y olvido. Quien no supo tratar a su pueblo como auténtico rey, tampoco será tratado como tal al fin de sus días. La ironía del profeta se cierne sobre un rey malvado: el que pretendía competir en cedros (v.15), acabará arrastrado como un asno (v.19).

10 O.c. p. 381.

3.2. El mensaje neotestamentario

El dinero ocupa un lugar destacado en el Nuevo Testamento, en cuanto tema objeto de atención. Igual que el Antiguo Testamento, reconoce su importancia y aconseja estar vigilantes para hacer frente a sus trampas y peligros¹¹; pero también, incluye novedades que tendremos oportunidad de descubrir, resaltando el especial énfasis que Jesús hace en la alternativa referencial: atesorar riquezas para sí o enriquecerse en orden a Dios (cfr. Lc 12,21).

La Sagrada Escritura habla del dinero y las riquezas en general, porque forman parte de la vida del hombre, y todo lo que tenga relación con ello, es de su interés. Desde esta premisa no existen juicios negativos *a priori*, acerca de algo cuya finalidad reside en ser un instrumento más, al servicio de la felicidad que Dios desea para todo hombre. Los problemas comienzan, cuando el horizonte de solidaridad y fraternidad universal, desde el cual se construye el plan de Dios al respecto, se rompe, debido al empleo o adquisición del dinero para/por fines/medios deshonestos y/o, exclusivos de enriquecimiento individual; y que adquiere tonalidades dramáticas, junto al mayor de los rechazos, si el enriquecimiento se produce a costa de los pobres.

3.2.1. Jesús ante el dinero y la actividad económica

Jesús, que acepta (críticamente) la actividad económica y el dinero, sabe de sus peligros; de ahí sus exhortaciones al respecto, que nunca condenan el dinero en sí mismo, ni su uso habitual como instrumento necesario en las transacciones; pero sí denuncia claramente el apego excesivo y la pérdida existencial que supone, sólo vivir para acumular riquezas.

Indudablemente, toda su enseñanza, se incorpora en una labor esencial y prioritaria: instaurar el reino de Dios en la tierra. Que Dios va a reinar, es su «Buena noticia» (Mt 3,2; 4,17.23; 9,35; 10,7; 24,14; Mc 1,14-15; Lc 8,1; 10,9.11) y mensaje (Mt 13,19).

La vida ni depende del dinero ni debe hacerse depender de él. La distancia que muestra Jesús respecto a la riqueza como algo alternativo a los valores del reino, la repulsa manifiesta frente a la acumulación de bienes, le lleva a negarse a hacer de juez o árbitro en cuestiones de herencia¹² (Lc 12,13-14). En el caso de estos dos hermanos se solicita repartir, no compartir; y Jesús enseña que procede repartir cuando es la acción necesaria para compartir¹³ y no para atomizar o fomentar el individualismo y la posesión egoísta. El dinero no tiene valor alguno en el Reinado de Dios. La frase pronunciada por el Maestro, a continuación de la respuesta dada a quien le pide mediar en el caso de la herencia entre los dos hermanos: «Cuidado: guardáos de toda codicia, que aunque uno ande sobrado, la vida no depende de los bienes» (Lc 12,15), muestra cómo la vida no depende del dinero, y sirve de introducción a la parábola ya comentada del rico necio (Lc 12,16-21), cuyo versículo final es una seria advertencia para todo aquel «que amontona riquezas para sí y para Dios no es rico» (v.21).

11 Véase al respecto, la exposición que hace PIERRE DEBERGÉ, en *o.c.*, pp. 39-44.

12 En el Nuevo Testamento, sólo aparece una vez usado este término en sentido profano (Lc 12,13); el resto, hasta cincuenta y dos veces, lo es en relación con la historia de la salvación (cfr. *Concordancias de la Biblia. Nuevo Testamento*, edición española sobre la *Biblia de Jerusalén*, como texto básico, dirigida por SANTIAGO GARCÍA RODRÍGUEZ, Bilbao, DDB-Mensajero, 1975, pp. 273-274).

13 Como muestra el relato de la multiplicación de los panes y los peces, narrado por los cuatro evangelistas: Mt 14,13-21; Mc 6,30-34; Lc 9,10-17; Jn 6,1-4.

Si en el Reinado de Dios, el valor esencial y prioritario es el amor (Mt 25,31-46; cfr. 1Cor 13), las riquezas sólo han de servir para conseguir amor, hacer el bien y ganar amigos (Lc 16,19-31); de lo contrario, para nada sirven. En el último texto citado, no se dice que el rico fuera el causante directo de los males de Lázaro, tampoco se habla de sus costumbres religiosas, o del nivel de observancia de las leyes judías; y, ahí reside la envidia de la parábola: si los bienes materiales no sirvieron para vivir en el amor, para ganar amigos y hacer el bien, para nada contarán cuando las riquezas no constituyan valor alguno a tener en consideración.

La Palabra de Dios, invita en todo momento a la generosidad y al desprendimiento: «Recordad aquello: *A siembra mezquina, cosecha mezquina; a siembra generosa, cosecha generosa*. Cada uno dé lo que haya decidido en conciencia, no a disgusto ni por compromiso, que Dios se lo agrade *al que da de buena gana*; y poder tiene Dios para colmaros de toda clase de favores, de modo que, además de tener siempre y en todo plena suficiencia, os sobre para toda clase de obras buenas. Como dice la Escritura: *Reparte limosna a los pobres, su limosna es constante, sin falta*. El que suministra semilla para sembrar y pan para comer, suministrará y hará crecer vuestra sementera y multiplicará la cosecha de vuestra limosna; seréis ricos de todo para ser generosos en todo, y esta generosidad, pasando por nuestras manos, produce acción de gracias a Dios» (2Cor 9,6-11)¹⁴.

3.2.2. El Reino de Dios

El reino de Dios, en la predicación de Jesús, representa la transformación más profunda y radical de valores que jamás se haya podido anunciar; porque es la negación y el cambio, desde sus cimientos, del sistema social establecido, que esté basado en la competitividad, la lucha del fuerte contra el débil y la dominación del poderoso sobre los demás. Y esto no se produce gracias a una acción mágica y prodigiosa, por un ser excelso sin colaboración alguna, y de una vez para siempre; sino que es una semilla (Mt 13,31-33; Mc 4,30-32; Lc 13,18-21), que aun produciendo distintos frutos (cfr. Mt 13,4-9; Mc 4,3-9; Lc 8,5-15), se confía en el mejor de ellos, el «*ciento por uno*» (Mt 13,8; Mc 4,8; Lc 8,8); y consecuencia de la conversión acaecida en cada hombre, libremente, que cambie la mentalidad, la escala de valores, la apreciación práctica y concreta por el dinero, el honor y el poder; y, tras un proceso que culminará al final de los tiempos para toda la humanidad; lo que no evita, que en virtud, de esfuerzos y respuestas singulares al plan de Dios, tengan lugar, signos del reino en diferentes momentos y contextos históricos, muestra de estar cerca, pero no de ser alcanzado totalmente. En consecuencia, el Reino de Dios es una utopía, una realidad tensional; es decir, algo no plenamente acabado en la condición histórica del hombre, pues su total realización, responde a una meta tan perfecta, que sólo se puede corresponder con el fin de un proyecto metahistórico.

La síntesis está en las Bienaventuranzas (Mt 5,3-12; Lc 6,20-26), y su programa se encuentra en los textos proféticos con que Jesús explica su actividad (Mt 11,5-6; Lc 4,16-21).

¹⁴ Este texto paulino, forma parte de los dos capítulos (8 y 9), dedicados en la segunda Carta a los Corintios a ofrecer toda una teología sobre la limosna, como es sabido. En él, se alude, por este orden, a los siguientes textos veterotestamentarios: Pr 11,24-25; Pr 22,8 y Sal 111,9.

El Reinado de Dios no se identifica con modelo social, político y económico alguno, y es irreductible, tanto a una moral individualista, como a la sola religiosidad. Tampoco consiste en la práctica de la caridad malentendida; es decir, como mera beneficencia y limosna; pues se trata, no de atenuar la injusta realidad social existente, sino de transformarla en plenitud, teniendo como meta la solidaridad y la fraternidad incondicional.

3.2.3. Jesús y la denuncia profética

Ciertamente, se trata de un mensaje crucial, caracterizado por los siguientes rasgos: —Amor y opción preferencial por los más pobres. Manifiestan siempre postura a favor del débil, en especial del más machacado (Am 8, 4-6), haciéndose eco de lo proclamado por las tradiciones anteriores (Dt 24, 14-15. 17-18). El pobre, el huérfano, la viuda, el extranjero, quien pide dinero prestado y el asalariado, cualquier persona oprimida y explotada es objeto de su personal compromiso.

Se trata de una característica, como también ocurre con otras, que tiene semejanza con Jesús de Nazaret, el cual, de manera única e irrepetible, muestra una enorme sensibilidad, poniéndose de parte de los débiles. Recordemos el pasaje del juicio final (Mt 25, 31-46), hambrientos, sedientos, enfermos, desnudos, encarcelados; son opción de Dios y ejemplo para todos, la idea viva de que Dios escoge lo pequeño, lo más humilde, y no sólo desde el punto de vista socioeconómico, siempre está presente.

La parábola del rico y Lázaro (Lc 16, 19-31), muestra de la sensibilidad común a que nos referimos y que parece inspirada en Am 6,4-6, es aleccionadora por el cambio que supone, aunque lo único que persigue el profeta es contraponer la buena vida de la clase alta con su incapacidad de entrever los planes de Dios.

- Amor a los enemigos. A pesar de las múltiples condenas dirigidas a cualquier causante de injusticias, reyes incluidos, la denuncia profética marcha unida al amor a los enemigos, precepto fundamental de Jesús, pues no se trata de aceptarlos ingenuamente, y menos de ignorarlos, sino de darles una oportunidad, como hizo el Maestro con Zaqueo (Lc 19,1-10).
- La tradición profética se desenvuelve en un horizonte donde se relativiza todo lo que significa poder. Solo Dios es Todopoderoso (Gn 2,4), nada le es imposible (Jr 32,17), dispone a voluntad de su obra (Jr 27,5), creada por su Palabra (Sal 33,6.9; Gn 1). El poder de Dios es infinitamente sabio en su obra creadora y de gobierno del mundo (Sb 7,21.25; 8,1). Los profetas denuncian los abusos de poder que los soberbios ejercen con violencia sobre los débiles (Am 1,3-2,7).
- Condena tajante a la riqueza como gran rival de Dios (Mt 6,24). Riqueza que ahoga el mensaje evangélico (Mt 13,22). La alternativa entre *Yahvé* y *Baal*, planteada por Elías en el Monte Carmelo, aplicada por otros profetas a *Yahvé* y los imperios, la sitúa Jesús en *Yahvé-Mammón*, dios, este último, de la riqueza. Es la tentación idolátrica de su tiempo, a la que Jesús no se limita a decir, como Ezequiel, que el oro y la plata no podrán salvar el día de la cólera (Ez 7,19), sino más contundente, afirma que condenan al hombre, constituyendo su mayor tentación.

Ciertamente, Jesucristo no sólo es el mayor defensor de los pobres y predicador de la pobreza como ideal, sino además el paradigma de tal estilo de vida. Se identifica con los pobres y, avisa

que el criterio presente en el Juicio Final para discernir sobre la conducta del hombre, tendrá como eje el servicio a los pobres (cfr. Mt 25,31-46). El discípulo de Cristo ha de hacer suyo el radicalismo evangélico de la pobreza (cfr. Mt 19,16-22). Jesús de Nazaret, haciéndose eco del pasaje de Isaías (61,1-2), es el Ungido por el Espíritu, el enviado por el Padre para evangelizar a los pobres (cfr. Lc 4,18-19). La opción por los pobres, nace de la comunión en la fe, que invita a seguir la actitud del Mesías, el cual: *«a pesar de su condición divina, no se aferró a su categoría de Dios; al contrario, se despojó de su rango y tomó la condición de esclavo, haciéndose uno de tantos»* (Flp 2,5-7); y, cuyo empobrecimiento enriquecedor (cfr. 2Cor 8,9) es gracia y modelo siempre vigente para la humanidad.

Jesucristo, que no llevaba dinero (Mt 17,27; Mc 12,15-16), aconseja igual hábito a sus discípulos (Mt 10,9).

Jesús no llama dichosos a los pobres a causa de su pobreza material, sino como consecuencia del plan de Dios sobre el hombre y el mundo.

3.2.4. Síntesis sobre las parábolas

En síntesis, todas las parábolas de Jesús impelen a los oyentes a tomar postura frente a Él y su misión, con la plena seguridad de ser generosamente recompensados a la máxima potencia quienes deciden seguirle. Así, las situaciones se invierten: lo oculto se manifiesta (Mt 6,4.6.18; 10,26); los pobres se vuelven ricos (Lc 6,20); los últimos, primeros (Mc 10,31); los pequeños, grandes (Mt 18,4); los hambrientos se sacian (Lc 6,21). La culpa es perdonada (Mt 6,14). Dios recompensa (Lc 14,14): se paga el gran salario (Mt 5,12); la medida apretada, rebosante, desbordante y colmada, se vierte (Lc 6,38); se reparte la herencia (Mt 19,29); se hace entrega del tesoro conservado en el cielo: *«Amontonáis riquezas en el cielo, donde ni polilla ni carcoma las echan a perder, donde los ladrones no abren boquetes ni roban»* (Mt 6,20) y, se concederán tronos y funciones de gran responsabilidad: *«Os aseguro que cuando llegue el mundo nuevo y este Hombre se siente en el trono de su gloria, también vosotros, los que me habéis seguido, os sentaréis en doce tronos para juzgar a las doce tribus de Israel. Y todo aquel que por mí ha dejado casa, o hermanos o hermanas, o padre o madre, o hijos o tierras, recibirá cien veces más y heredará la vida eterna»* (Mt 19,28-29). Sin olvidar que, *«donde tengas tu riqueza, tendrás el corazón»* (Mt 6,21).

Frente a la mentalidad farisaica¹⁵, caracterizada por atribuir todos los méritos al propio esfuerzo, menospreciar a los demás y exigir a Dios; Jesús enseña con esta parábola, que nadie ha de ser desestimado, ni reclamar derechos, ni debe compararse con los demás, ni sentirse menospreciado, ni agraviado, ni ser perezoso, ni ser juzgado por otros. Jesús deshace todo intento de reclamación a Dios, por parte del hombre en consecuencia a los propios méritos. Es la generosidad divina, que supera todo cálculo humano. Todo es gracia. Gracia infinita de quien a todos llama, y a todas horas. El pasado se borra, cuando se decide trabajar por el reino; y sólo desde ese momento se empieza a contar. Todos recibiremos la misma «paga», entrar en el Reinado de Dios. Por eso, dichosos, quienes hayan estado más tiempo en tal tarea, donde al ser instrumentos de Dios, sobre todo protagonismo o mérito, humanos.

¹⁵ Los fariseos, esos que se las dan «de intachables ante la gente» (Lc 16,15), son los únicos aludidos en la Sagrada Escritura como «amigos del dinero» (Lc 16,14).

El siervo cruel (Mt 18,23-35), transmite el perdón experimentado de Dios, de magnitud incalculable e infinita. A una persona se le condona una deuda billonaria; y ésta misma, es incapaz de perdonar a un compañero una modesta cantidad de dinero. Las cantidades de referencia son radicalmente distintas; los diez mil *talentos* (cien millones de *denarios*)¹⁶ debidos por el siervo inmisericorde, son impagables; pero es liberado de su abono. Los cien *denarios* de quien está dispuesto a devolverlos en el futuro inmediato, no son dispensados en el presente, por el beneficiado de tan inmensa largueza, minutos antes. La comparación es tan clara, que no deja lugar a dudas. El siervo cruel, merece el calificativo desde cualquier análisis, sin caer en el riesgo de ser inmisericordes, cuando precisamente, el tema es la misericordia. Paradigma de una esquizofrenia de carácter financiero; doble personalidad, con correspondiente doble vara de medir, típica de quienes poseen una mano grande para recibir, y otra pequeña, en este caso, inexistente, para dar. Cruel y despiadado¹⁷, porque no perdona y, por no tener paciencia, pues el compañero estaba dispuesto a pagar cuando le fuera posible (v.29). El liberado de una inmensa deuda, que también reclamó paciencia (v.26), priva de libertad, metiendo en la cárcel (v.30) a quien le debía un millón de veces menos, del débito que había sido exonerado. Una solicitud de demora irrealizable (v.26), es generosamente atendida; no así la petición de demora realizable (v.29).

La deuda de diez mil *talentos*¹⁸, que supera en su magnitud toda imaginación, impone sobremanera el contraste con la pequeña deuda de cien *denarios*. El rey «*que quiso saldar cuentas con sus empleados*» (v.24) es Dios, que siempre y todo perdona; el deudor es el hombre.

En este ámbito de magnanimidad, no puede faltar una joya literaria, cual es la parábola del *Hijo pródigo* (Lc 15,11-32), cuyo auténtico protagonista es el Padre (vv. 12.13.20.22-24.28.31-32), Dios, derroche de amor y respeto a la libertad del hombre. El hijo mayor (vv. 25-30), representa a los dirigentes judíos, a los fariseos, a quienes se tienen por justos; el hijo menor (vv. 12.13-21), a los pecadores, verdaderos marginados en la sociedad de aquel tiempo.

La parábola explica por qué Jesús declara tan insignificantes los bienes terrenos, que no tienen importancia alguna para alcanzar la vida auténtica (v.15); y lo hace, tras un breve diálogo introductorio (vv.13-15), en que un hermano, el menor, solicita la intervención de Jesús, para que su hermano mayor, acceda a repartir la herencia¹⁹. El Maestro, de cuyo prestigio como tal en el pueblo, no se puede dudar; como muestra esta solicitud de mediación; escapa de las consideraciones legales de fondo, pues no le compete (v.14). Pero, la importancia, reside, no en que eluda el problema, sino en que su respuesta va más allá de la estricta cuestión que se le plantea. Por este motivo les expone esta parábola, con cariz escatológico que recuerda, cómo la

16 Se toma como base el cálculo de FLAVIO JOSEFO, según el cual, un *talento* equivale a diez mil *denarios*. Cfr. *Antigüedades judías*, 3 vols., Tarrasa, CLIE, 1986, 17/323.

17 El comentario de J. JEREMÍAS, *Las parábolas de Jesús*, Estella (Navarra), Verbo divino, 2000, 12ª ed., acerca de los versículos: 25 (p.237), 30 (p.238) y 34 (p. 239) no deja lugar a dudas, sobre el uso de estos calificativos. Las peculiaridades del derecho y costumbres judías, hacen constar el alcance de la maldad del siervo, que ni perdona, ni tiene paciencia para cobrar, y mete a su compañero en la cárcel «*hasta que pagara lo que debía*» (v.30).

18 J. JEREMÍAS, en o.c. p.237, afirma que «10.000 es la mayor cifra con la que se cuenta; el *talento* es la mayor unidad de dinero en todo el ámbito del Oriente Próximo».

19 Como aclara J. JEREMÍAS, en *Las parábolas de Jesús*, o.c., en nota nº 263, de p.186, el hermano mayor pretende dejar la herencia indivisa. Comunidad de bienes, alabada por el salmista: «*Ved: qué dulzura, qué delicia convivir los hermanos unidos*» (Sal 133,1).

vida del hombre es un préstamo que Dios concede, cuya devolución se pide inesperadamente; y no sólo eso, se te puede exigir inmediatamente después de almacenar el último grano que deja repleto el granero (v.20). Resulta evidente la insensatez (v.20) de quien ocupa la vida amontonando riquezas para sí, dejando pasar la oportunidad de compartir. El forjador de su holgado porvenir olvida algo más importante: ocupar un presente solidario y no egoísta, que posibilite un futuro de bienes compartidos, y no de inútiles hórreos repletos, cuyo grano se puede pudrir y quedar inservible. Es triste saber que existan personas que por asegurar bienestar sin límite para toda su vida, condenen a tantos a ser privados de futuro con un presente mísero. *«Eso le pasa al que amontona riquezas para sí y para Dios no es rico»* (v.21). Un fracaso total para quienes, tan absorbidos por sus posesiones, por sí mismos en la práctica niegan a Dios (cfr. Sal 14,1) y al prójimo. En un mundo donde quienes tienen sobrada capacidad adquisitiva todos se aseguran, se certifica a la vez la existencia e incremento de pobres y excluidos; por eso, dice Jesús: *«Dejáos de amontonar riquezas en la tierra, donde la polilla y la carcoma las echan a perder, donde los ladrones abren boquetes y roban. En cambio, amontonaos, riquezas en el cielo, donde ni polilla ni carcoma las echan a perder, donde los ladrones no abren boquetes ni roban. Porque donde tengas tu riqueza tendrás el corazón. La esplendidez da el valor a la persona. Si eres desprendido, toda tu persona vale; en cambio, si eres tacaño, toda tu persona es miserable. Y si por valer tienes sólo miseria, ¡qué miseria tan grande!. Nadie puede estar al servicio de dos amos, porque aborrecerá a uno y querrá al otro, o bien se apegará a uno y desprezará al otro. No podéis servir a Dios y al dinero»* (Mt 6,19-24).

La elección entre Dios o el dinero, no exenta de dificultad, corresponde al orden de la fe. Sólo a Dios corresponde el primer lugar; y, cuando así ocurre, los valores que orientan y fundamentan el obrar humano son diametralmente opuestos a una vida regida por el dinero idolatrado. Una de las características del mensaje evangélico, consiste precisamente, en no adjudicar el primer lugar al dinero y las riquezas; de ser al contrario, sería una buena terapia, aprender a menospreciarlo, incluso desprezcarlo; aunque el ideal está en saber usarlo libremente, y hacer que sirva a nuestra relación con Dios y los hermanos; de este modo, aprendemos a pedir al dinero sólo lo que puede dar, y que no es otra cosa que servir de instrumento para sus estrictas aplicaciones.

3.2.5. *La excepcionalidad de vida en las primeras comunidades no era algo ordinario. Casos funestos. Ejemplos*

La *koinonía*, la práctica ordinaria, presentada como ideal de una comunidad que vive con todo en común, no es endogámica, y por ello, los beneficiarios no son exclusivamente sus miembros. No tiene límites, como lo demuestra la Colecta promovida por Pablo para socorrer las necesidades de la Iglesia-madre de Jerusalén (Rm 15,25ss; 1Cor 16,1-4; 2Cor 8-9; Gál 2,10), a la cual colaboran todas las comunidades, incluidas las más lejanas y pobres, por ejemplo, las de Macedonia (cfr. 2Cor 8,2-3).

Pero no todo son ejemplos edificantes, supuesto el panorama idílico de las primeras comunidades cristianas, presentado en los conocidos sumarios del libro de los Hechos de los Apóstoles (2,42-47; 4,32-35); también se narran situaciones funestas. Pablo reacciona con viveza al enterarse que la comida eucarística, daba lugar en Corinto a abusos contrarios al espíritu de fraternidad que debía animarla: *«A propósito de estas instrucciones, no puedo*

felicitaros de que vuestras reuniones causen más daño que provecho. Porque, en primer lugar, oigo decir que cuando os reunís en asamblea formáis bandos(...). En consecuencia, cuando tenéis una reunión os resulta imposible comer la cena del Señor, pues cada uno se adelanta a comerse su propia cena, y mientras uno pasa hambre, el otro está borracho. ¿Será que no tenéis casas para comer y beber?, o ¿es que tenéis en poco a la asamblea de Dios y queréis abochornar a los que no tienen? ¿Qué queréis que os diga?, ¿qué os felicite? Por esto no os felicito.» (1Cor 11,17-22).

Act 5,1-11 relata la venta de una propiedad, por Ananías, con el consentimiento de su mujer, Safira, el cual, *«a sabiendas de ella, retuvo parte del precio y puso el resto a disposición de los apóstoles»* (v.2). Tras aclarar Pedro, en diálogo con ellos, el verdadero importe de la venta, les hace saber que no han mentido a los hombres sino a Dios (v.4). Ananías cayó y murió al oír estas palabras (v.5), igual ocurrió a su mujer (v.10). *«La comunidad entera quedó espantada y lo mismo todos los que se enteraron»* (v.11).

Simonía: el caso de Simón el mago, dispuesto a obtener el poder de dar el Espíritu Santo a cambio de dinero (Act 8,18-20). Sobornos: se compran con dinero testigos falsos para acusar y arrestar a Esteban (Act 6,10-11). Comercio religioso: Pablo acusa a los falsos maestros, pues *«piensan que la piedad es un negocio»* (1Tim 6,5); los Hechos de los Apóstoles refieren dos casos notorios, uno de ellos, ocurrido en Éfeso, cita al platero Demetrio, que ganaba y hacía ganar mucho dinero a los artesanos, labrando en plata reproducciones del templo de Artemis (Act 19,24). Como de esa ganancia dependía su bienestar (Act 19,25), y Pablo enseñaba *«que no son dioses los que se fabrican con las manos»* (Act 19,27); para evitar el descrédito del oficio, el desprestigio del santuario de la diosa, y el derrumbe del negocio floreciente, provocaron una revuelta en la ciudad para disponer en contra de Pablo y sus discípulos a la masa enfurecida. El otro episodio sucede en Filipos, cuya protagonista es una mujer, *«una criada que era adivina y proporcionaba a sus amos mucho dinero echando la buenaventura»* (Act 16,16), a quien Pablo libera de un espíritu maligno (Act 16,18), ante lo cual los amos, indignados y frustrados por el vuelco en sus expectativas de obtención de dinero fácil, agarraron a Pablo y Silas, y los arrastraron a la plaza ante las autoridades (Act 16,19), quienes ante la plebe amotinada (Act 16,22) mandaron molerlos a palos y encerrarlos (Act 16,23).

Además de los conocidos casos de corrupción, habidos en las personas de Judas y los sumos sacerdotes, quienes, a cambio de dar una buena suma de dinero a los soldados, les mandaron propagar el infundio de que los discípulos de Jesús robaron el cuerpo muerto de Jesús, mientras ellos dormían (Mt 28,11-15); el Nuevo Testamento, habla también del concerniente al procurador romano en Cesarea, Félix²⁰. Éste sabía que Pablo era inocente; pero aún así postergó la decisión de excarcelarlo, pues *«no perdía tampoco la esperanza de que Pablo le diera dinero; por eso le mandaba llamar con relativa frecuencia para conversar con él»* (Act 24,26). Pablo no quiso aplicar el falaz principio: el fin justifica los medios, y no aceptó colaborar con la corrupción aunque apareciera un mal menor. Félix, que era un corrupto, antepuso el dinero a la justicia.

²⁰ Según X. LÉON-DUFOUR, *Diccionario del Nuevo Testamento*, Madrid, Cristiandad, 1977, p. 217; nombre de raíz latina, que significa «fecundo», «dichoso». Hermano de Pallas (favorito del emperador Claudio), liberto de la emperatriz Antonia, esposo de Drusila (hija de Agripa I) y procurador de Judea entre los años 52 a 59-60.

En esta referencia a casos de corrupción, hay quienes incluyen la tercera tentación hecha por Satanás a Jesús: «Después se lo llevó el diablo a una montaña altísima y le mostró todos los reinos del mundo con su esplendor, diciéndole: Te daré todo eso si te postras y me rindes homenaje. Entonces le replicó Jesús: vete, Satanás, porque está escrito: Al Señor tu Dios rendirás homenaje y a El sólo prestarás servicio» (Mt 4,8-10; citando en el último versículo a Dt 6,13; cfr. Lc 4,5-8).

Según esta interpretación en clave de corrupción, el Maligno ofrece a Cristo bienes de este mundo y gloria a cambio de obtener adoración, algo que no le corresponde. Un loco ídolo, ansioso de gloria, que pretende servidumbre de quien es en esencia, la Gloria, y Quien, «a pesar de su condición divina, no se aferró a su categoría de Dios; al contrario, se despojó de su rango y tomó la decisión de esclavo, haciéndose uno de tantos» (Flp 2,6-7).

3.2.6. El discípulo. «Por sus frutos los conoceréis»

«Por sus frutos los conoceréis; a ver, ¿se cosechan uvas de las zarzas o higos de los cardos? Así, los árboles sanos dan frutos buenos; los árboles dañados dan frutos malos. Un árbol sano no puede dar frutos malos, ni un árbol dañado dar frutos buenos, y todo árbol que no da fruto bueno se corta y se echa al fuego. Total, que por sus frutos los conoceréis» (Mt 7,16-20). Los frutos producidos, es lo que importa a la hora de medir la conducta cristiana. La enumeración más completa de frutos del espíritu²¹ es la siguiente: «amor, alegría, paz, tolerancia, agrado, generosidad, lealtad, sencillez, dominio de sí» (Gal 5,22-23), y «contra esto no hay ley que valga» (Gal 5,24).

Las acciones que proceden de los bajos instintos son «lujuria, inmoralidad, libertinaje, idolatría, magia, enemistades, discordia, rivalidad, arrebatos de ira, egoísmos, partidismos, sectarismos, envidias, borracheras, orgías y cosas por el estilo» (Gal 5,20-21), a lo cual, añade Pablo: «los que se dan a eso no heredarán el reino de Dios» (Gal 5,21).

En síntesis, para enriquecerse en orden a Dios (Lc 12,21), «en el Nuevo Testamento aparece claramente un planteamiento de frutos verdaderos y falsos, que han de servir al creyente como criterio de discernimiento, en orden a la formación de su conciencia. Sólo la presencia de los frutos del Espíritu puede garantizar la rectitud de nuestras decisiones»²².

Se trata de aspirar, a tener una conciencia recta y bien formada, que fructifica honradez y amor unificante, y desdeña la injusticia, la ambición y la envidia (cfr. Sant 4,1-4).

El discípulo, que ha recibido gratuitamente, debe dar de idéntica manera (Mt 10,8; Rm 3,24; 2Cor 11,7; 2Tes 3,8; Ap 21,6; 22,17). No ha de ser presa de la envidia²³, uno de los vicios estigmatizados en el Nuevo Testamento (Rm 1,29; Gal 5,21.23; 1Tim 6,4; Tit 3,3; 1Pe 2,1), y que en algún caso podría conducir a los celos (Mt 27,18; Mc 15,10; Flp 1,15; St 4,5); ni de la avaricia, afán desordenado de poseer y adquirir riquezas sólo para atesorarlas; ni, por supuesto,

21 Existe una segunda lista de frutos del Espíritu (bondad, honradez y sinceridad), en Ef 5,8-9.

22 J. M^a CASTILLO, *El discernimiento cristiano según S. Pablo* (lección inaugural en la solemne apertura del curso académico 1975-1976 en la facultad de teología de Cartuja en Granada, p.83.

23 Sentimiento experimentado al ver a otras personas, gozar de un bien que se querría tener, pero sin desear poseerlo en exclusividad (en esto último, consisten los celos). Del griego: *phthonos*. Véase al respecto X. LÉON-DUFOUR, o.c., p. 196.

de la codicia²⁴, voluntad de poder ejercida mediante opresión y violencia con perjuicio de los demás (Jr 22,17; Ez 22,27), a quienes se explota o engaña (2Cor 2,11; 7,2); concupiscencia asociada sobre todo con el dinero (Lc 12,15; 2Cor 9,5; 12,17ss; 1Tes 2,5; 2Pe 2,3.14); signo de una vida sin Dios (Rm 1,29; 1Cor 6,10); idolatría que por ello, hay que extirpar (Col 3,5), y alejarla de la vida cristiana, porque «*nadie que se da a la lujuria, a la inmoralidad o a la codicia, que es una idolatría, tendrá parte en el reino del Mesías y de Dios*» (Ef 5,5).

Para Pablo, concededor y partidario de la retribución estricta, plasmada en la frase: «*el obrero merece su salario*» (1Tim 5,18; cfr. Rm 4,4; 1Cor 3,8.14; 9,17ss.), presente en el Nuevo Testamento (Lc 10,7; cfr. Mt 10,10; Jn 4,36; St 5,4; Ap 22,12), la auténtica retribución²⁵, aplicada a las relaciones con Dios, deja de estar bajo el régimen de la justicia commutativa²⁶. Así, mientras el mercenario sólo se preocupa de su salario (Jn 10,12ss); el discípulo de Cristo recibe todo de Dios, no como algo debido, sino como un don (Mt 20,14ss; Rm 4,4,ss.). Únicamente en este sentido se habla de un Dios remunerador y de una recompensa (Mt 5,12; 6,1; 10,41ss; Hb 11,6; Ap 11,18), que es Dios mismo (Mt 6,4-18). La recompensa es Cristo, que es su vida (Flp 1,21); es permanecer en Cristo (2Cor 5,5-6), preferible a la vida terrestre (Flp 1,23); está en difundir el conocimiento de la Buena Noticia (1Cor 9,18).

4. MANIFESTACIONES DEL DINERO EN EL COMPORTAMIENTO DE LOS HOM- BRES

El dinero, como casi todo, puede ocasionar hechos revestidos de la mayor grandeza, y acciones de enorme vileza, manifestación de las luces y oscuridades del obrar humano; por lo tanto, se entiende que Jesucristo exhorte fervientemente a sus discípulos a desconfiar del engañoso dinero (cfr. Lc 16,9), y a buscar otros tesoros, que se generan con el desprendimiento y la generosidad (cfr. Lc 12, 33-34), pronunciando frases lapidarias, que manifiestan claramente la actitud del creyente respecto el dinero, a saber: «*No podéis servir a Dios y al dinero*» (Lc 16,13), «*Porque donde esté vuestro tesoro, allí estará también vuestro corazón*» (Lc 12,34).

Como dice J. PELÁEZ: «En los evangelios, como puede verse, el dinero se usa, al igual que hoy, como valor de cambio en una economía basada en la moneda; con él se compra y se vende; se remedian las necesidades del prójimo, se pagan los impuestos y se puede obtener la salud. El dinero es necesario para vivir y es una realidad con la que hay que contar para obtener cierta calidad de vida, según los evangelios»²⁷. En efecto, con el dinero: se negocia (Mt 25,26-27); se pagan impuestos (Mc 12,13-17); jornales (Mt 20,1-16); se compran y venden animales, bienes

24 Ibid. p.144. Del griego: *pleonexia* (de *pleon*: «más»; y, *echo*: «tengo»).

25 Del griego: (*ant*)-*apo-didomi*: «dar una cosa por otra». A diferencia del salario, no debe pagarse por las obras en virtud de un contrato. Es el fruto normal concedido por Dios a sus siervos con ocasión del juicio (Mt 16,27; 25,46; Rm 2,6; 2Cor 5,10). No consiste en ventajas terrenas, riquezas o gloria, sino sólo en Dios Padre y su Hijo Jesucristo (Mt 6,4-18; Flp 1,21-26; Col 3,24). En ellos, el discípulo encuentra multiplicadas las realidades de este mundo: dicha, alegría, liberación de muerte y llanto, goce del amor y la luz (Ap 21,3ss; 22,1-5)

26 Criterio imperante en la moral clásica, que supone equivalencia entre lo que se da y lo que se recibe, que unido, y en primer lugar a la doctrina de Jesús al respecto, justifica la recomendación de Pablo a los cristianos de Roma, acerca de los impuestos: «Pagad a cada uno lo que le debáis: impuesto, contribución, respeto, honor, lo que le corresponda» (Rm 13,7).

27 J. PELÁEZ del ROSAL, o.c., p.5.

muebles e inmuebles (Lc 14,18-19; 17,28; Mt 10,29; 13,44-46); se practica limosna (Mt 6,3-4; 19,20-21); se gasta para recobrar la salud (Mc 5,25-26); sirve para ayudar al necesitado, con un sentido distinto al de la limosna; tal es el sentido de la parábola del buen samaritano (Lc 10,29-37), cuya generosidad y misericordia, deja avergonzados a quienes se tenían por los mejores; generosidad sin límite que se aprecia en el relato del óbolo de la viuda (Mc 12,41-44).

Pero también, por dinero se: comete todo tipo de injusticias (Lc 12,13-21), extorsiona (Lc 12,13-15), rompe con el padre (Lc 15,11), encarcela al compañero por una deuda ridícula (Mt 18,28-30). El dinero puede dejar sin hartura, especialmente a quienes sólo ansían acumular (Mt 6,19-21), y convertirse en mero signo de ostentación (Mc 12,41.44), o instrumento para alimentar la vanidad (Mt 6,2). Puede ser fuente de falsas seguridades: «Pues, ¿de qué le sirve al hombre haber ganado el mundo entero, si él mismo se pierde o se arruina?» (Lc 9,25); y soporte de actitud inmisericorde e insolidaria (Lc 16,14-31).

El dinero, realidad ambivalente²⁸, cuya aplicación, puede provocar comentarios dispares; es el relato, ya comentado, en que una mujer, vierte en Jesús un perfume costosísimo (Mc 14,4-5).

Cuando se sirve a Dios (Lc 16,13), el dinero es instrumento que canaliza toda clase de bienes y valores; cuando la servidumbre se dirige al dinero (Lc 16,13), Dios queda reemplazado por este ídolo; y de inmediato el hombre actúa al contrario, como sofisticada máquina que optimiza lo peor de sí mismo; el yo se impone y sobrepone al tú y al nosotros; el egoísmo a la solidaridad; la seguridad mundana a la dinámica de provisionalidad en que vive el creyente; el prestigio y el poder hacen desaparecer la sencillez y el servicio; las cosas empiezan a valer igual o más que las personas. Se cree que todo tiene un precio, porque se ha minusvalorado y perdido el respeto a todo. La vida se convierte en un mercado, donde se corre el peligro de mercadear con la dignidad y con los proyectos de los hombres. No hay prójimos ni hermanos, sino extraños y rivales. Las cercanías, tornan en largas distancias. El hombre se aleja de sí mismo, no llegando a reconocerse en un instante de lucidez. Todos, y especialmente los codiciosos, han de estremecer ante las palabras que Dios dirige al rico necio de la parábola: «Insensato, esta noche te van a reclamar la vida. Lo que te has preparado, ¿para quién será? Eso le pasa al que amontona riquezas para sí y para Dios no es rico» (Lc 12,20-21).

El dinero es engañoso y tiene que ser vigilado en cada instante (Lc 16,9.11), pues «cuando el dinero adquiere un espacio desmesurado en el corazón de una persona, se convierte en un ídolo, que la conduce a no enfocar su vida más que desde el ángulo exclusivo de los bienes materiales. Entonces olvida esta verdad esencial: *aunque alguien posea abundantes riquezas, éstas no le garantizan la vida* (Lc 12,15). Al mismo tiempo, y esto es otra trampa, el dinero, impulsando a los seres humanos a comportarse como propietarios exclusivos de sus bienes, despreciando a los otros —sobre todo a los más pobres—, les hace olvidar que no son más que intendentes, porque *de Yahvé es la tierra y cuanto la llena* (Sal 24,1; cfr. Ag 2,8). ¿Qué debe hacer, pues, el que tiene riquezas? La respuesta de Jesús es clara: hay que enriquecerse en orden a Dios. Es la única manera de asegurarse una verdadera y eterna felicidad. Esa es la mejor de las inversiones»²⁹.

28 Cfr. F. CAMACHO ACOSTA, «Jesús, el dinero y la riqueza», *Isidorianum*, Sevilla, 6(1997)399-400; el listado de aplicaciones de todo signo que son posibles con el dinero, todas acompañadas de textos que las corroboran.

29 P. DEBERGÉ, o.c., p.44.

Cuando el hombre se identifica con el dinero y la riqueza; éstos son instrumentos ideales para aparentar, dominar, aplastar. Se convierten en un fin en sí mismos que solo acarrea maldades, pues cuando deja de ser un medio al servicio del hombre, pasa a ser fuente de maldades que esclaviza a las personas y produce un cambio de roles: el dueño es el esclavo y el esclavo señor. Lo que debiera procurar una relación de servicio, cambia a relación de explotación y dominación; lo que debiera ser manantial de vida y solución de problemas, torna en muerte y multiplicador de calamidades.

Por consiguiente, procede mostrar en todo momento una actitud crítica frente a las riquezas, destacando los peligros de la avaricia y del apego a la propiedad de los bienes materiales, como obstáculos para entrar en el Reino (Mt 6,10; 13,22; Lc 6,24; 16,19-31; 18,24). El pensamiento de Jesús al respecto, ya conocido, es claro y contundente: si uno sirve al dinero, si lo antepone al servicio solidario al prójimo, no sirve a Dios; y si en su corazón se ha creado una imagen de Dios, a quien se puede servir a la vez que al dinero, ése no es el Dios que el revela. Palabras con eco inmediato en el apóstol Pablo, que pide extirpar la codicia porque *«es una idolatría»* (Col 3,5; Ef 5,5), y alejarla de la vida de la comunidad cristiana, porque *«nadie que se da a la lujuria, a la inmoralidad o a la codicia, que es una idolatría, tendrá parte en el Reino del Mesías y de Dios»* (Ef 5,5).

Esta actitud crítica ante el dinero y las riquezas conlleva desaprobación y condena de los hechos y personas, presa de la ambición y expresión de los vicios que produce en el hombre, en toda la Historia de la Salvación. A los datos expresados acerca del mensaje de Jesús y resto de escritos neotestamentarios, así como al de los Santos Padres, se añade el correspondiente al Antiguo Testamento³⁰.

5. LA IGLESIA, LA OPCIÓN POR LOS POBRES Y LA LIBERACIÓN INTEGRAL DEL HOMBRE

Realmente, la opción por los pobres, la pobreza, y, en consecuencia tal estilo de vida, responde a la decisión responsable del creyente que compromete su vida en la causa de los pobres, siguiendo el ejemplo de Jesús, que *«siendo rico, se hizo pobre por vosotros para enriqueceros con su pobreza»* (2Cor 8,9).

La riqueza material no tiene valor alguno: *«Porque nada trajimos al mundo, como nada podremos llevarnos, así que teniendo qué comer y con qué vestarnos, podemos estar contentos.*

30 El hombre primitivo no tiene tesoros, porque vive al día. El nómada no tiene otro capital que las cabezas de ganado con las que realiza las transacciones elementales de un comercio que no es sino intercambio de mercancías. La riqueza es pecuaria (entre los romanos, «pecus»: «ganado»; de ahí, «pecunia»: «dinero», «riqueza») y el tesoro no es sino la multiplicación al por mayor de las reses. Con la aparición de los metales, el oro y la plata se suman, por su escasez y preciosidad, a la riqueza viva; y ya en una sociedad agrícola y sedentaria vienen a agregarse al tesoro las reservas de grano que exceden del consumo anual. Los primeros textos bíblicos que nombran el tesoro y las riquezas, se refieren a dos tipos de sociedad: sedentaria (la egipcia) y seminómada (la hebrea), de la época del Bronce reciente (cfr. Gn 41,33ss.; 42-43). Durante las etapas de los jueces y de la monarquía, el régimen social se estabiliza cada vez más, y la riqueza (y el consiguiente atesoramiento) es ya el resultante de los productos agropecuarios, de los trabajos de orfebrería, la industria rudimentaria y el comercio. El botín de los vencidos, los tributos de los israelitas y de los países subyugados (2Sam 8,11; 1Re 7,51; 14,26; 15,15; 2Re 12,10.19; 16,8; 18,13-15; 20,13; 2Cr 27,8; 32,27-29), engrosan considerablemente el tesoro regio, alcanzando un volumen considerable (1Cr 26,20; 27,25; 29,7-8). Los datos anteriores, corresponden a C. GANCHO, *Enciclopedia de la Biblia*, Vol. 6, Barcelona, Garriga, 1965, pp.973-975.

Los que quieren hacerse ricos, caen en tentaciones, trampas y mil afanes insensatos y funestos, que hundan a los hombres en la ruina y en la perdición» (1Tim 6,7-9); en comparación con «*la inimaginable riqueza del Mesías»* (Ef 3,9). A los ojos del mundo, esta nueva riqueza, es como una locura y necesidad (cfr. 1Cor 1,23; 3,18); cuando en realidad es un estímulo para hacer ricos a los demás mediante la propia pobreza (cfr. 2Cor 6,10); no para envilecerles, ayudándoles a acumular más, sino para sembrar sus corazones de semillas que ahoguen la cizaña de su egoísmo.

La globalización ha desvelado una nueva *cuestión social*³¹. La cuestión central ya no es, como querían los ilustrados, que la humanidad despierte del sueño dogmático (la pasión por la libertad), sino que despierte, como querían los profetas, del sueño de la cruel inhumanidad (la pasión por la justicia), que causa muerte física, ya que hay personas que mueren prematuramente por enfermedades que la medicina ya ha vencido; muerte cultural, ya que personas y pueblos son despreciados en su propia identidad; y, muerte legal, ya que no se le reconocen los derechos humanos elementales.

5.1. Papel de la Iglesia en el campo económico-social

La constatación de «un mundo dividido en bloques, presididos a su vez por ideologías rígidas, donde en lugar de la interdependencia y la solidaridad dominan diferentes formas de imperialismo, no es más que un mundo sometido a *estructuras de pecado*. La suma de factores negativos, que actúan contrariamente a una verdadera conciencia del *bien común* universal y de la exigencia de favorecerlo, parece crear, en las personas e instituciones, un obstáculo difícil de superar» (SRS,36).

Esta implicación en la tarea de solucionar los problemas que sufre la humanidad, se inserta en el ámbito de análisis específico que compete a la Iglesia: el moral y religioso, que por no ir acompañado de la adopción de políticas determinadas, algo que es competencia de otras instituciones, deja de ser pragmático y operativo.

En efecto, la Iglesia tiene el derecho y el deber de dar directrices morales en un campo, como el económico-social, que tiene vínculos directos con la finalidad religiosa y sobrenatural de su misma misión³²; y, aunque no tiene competencia directa para proponer soluciones técnicas de carácter económico-político; sin embargo, invita a una revisión constante de todos los sistemas según el criterio de la dignidad de la persona humana³³. En el ejercicio de orientar respecto todo aquello que afecta al hombre, sin pretender dar soluciones de carácter técnico a los problemas cada vez más delicados que se plantean en el campo cultural, social, económico, político, y demás, pero siendo consciente de la dimensión humana de tales problemas, el Magisterio de la Iglesia no cesa de extraer de la Palabra de Dios vivo orientaciones claras, tanto para la vida personal, como para la convivencia social³⁴.

31 Es la primera denominación aplicada a lo que hoy se conoce como «Doctrina social de la Iglesia». Así lo llama el papa León XIII, en su encíclica *Rerum Novarum* (RN), 1. Véase: G. GUTIÉRREZ, «Renovar la opción por los pobres», *Sal Terrae* (1995)680.

32 Cfr. *Audiencia General* del Papa JUAN PABLO II, de fecha 13 de Mayo de 1981.

33 Cfr. Discurso de JUAN PABLO II, en la *clausura de Simposio*, de fecha 3 de Abril de 1982.

34 Cfr. Discurso de JUAN PABLO II al *Comité de Congresos sobre el Magisterio Pontificio*, de fecha 24 de Mayo de 1983.

La Iglesia, que no tiene un modelo socio-económico propio, en su Doctrina Social, no propone un modelo político o económico concreto (SRS,41; PP,13,81), sino que indica el camino, expone principios. Y lo hace en función de su misión evangelizadora y del mensaje evangélico, que tiene como objetivo al hombre en su dimensión escatológica, pero también en el contexto concreto de su situación histórica contemporánea³⁵. En este sentido, la aportación más eficaz a largo plazo que la Iglesia puede ofrecer al desarrollo de una nación es el de elevar la convivencia moral y ética de la gente por lo que se refiere a las exigencias de la justicia, del amor social y de la colaboración fraterna exaltando el desarrollo integral de la persona³⁶.

Con respecto a los dos sistemas económicos de referencia, la enseñanza social de la Iglesia rechaza como inadecuados y nocivos tanto los planteamientos materialistas del capitalismo, como los de un colectivismo igualmente materialista³⁷.

La encíclica de JUAN PABLO II, *Sollicitudo rei socialis* (SRS), ofrece en la tercera parte (11-26), un panorama del mundo contemporáneo desolador, caracterizado por la existencia de una multitud ingente de personas que sufren el peso intolerable de la miseria (13); el abismo existente entre los países del Norte desarrollado y del Sur subdesarrollado o en vías de desarrollo, causa de mundos distintos dentro de un único mundo: Primer mundo, Segundo mundo, Tercer mundo y Cuarto mundo (14); unos indicadores específicos del subdesarrollo con datos alarmantes (15-19); y, unos problemas de muy difícil solución, que constituyen un grave desorden: comercio de armas, refugiados, terrorismo (24), demográfico (25).

Tras la denuncia, hecha desde una óptica cristiana del desarrollo (27-34), dirigida contra el consumismo, que hace al hombre «esclavo de la posesión y del goce inmediato» (28), se emplea el concepto ya aludido de *estructuras de pecado*, «considerado como una de las principales aportaciones de la *Sollicitudo rei socialis*»³⁸, habida cuenta de su consecuencia: «Éste es, pues, el cuadro: están aquellos —los pocos que poseen mucho— que no llegan verdaderamente a ser, porque, por una inversión de la jerarquía de valores, el culto del tener se lo impide; y están los otros —los muchos que poseen poco o nada— que no consiguen realizar su vocación humana fundamental al carecer de los bienes indispensables» (SRS,28).

35 Cfr. Discurso de JUAN PABLO II en *Salvador de Bahía, Brasil*, de fecha 6 de Julio de 1980.

36 Cfr. Discurso de JUAN PABLO II, *al Presidente de Ghana*, de fecha 9 de Mayo de 1980.

37 Cfr. Discurso de JUAN PABLO II, *a los obispos de América Central*, de fecha 2 de Marzo de 1983. Respecto la postura de la Iglesia, véase la síntesis de A.GALINDO, en *Moral socioeconómica*, Madrid, B.A.C., 1996, en los epígrafes: «el Magisterio de la Iglesia y el capitalismo» (pp. 466-468); «Doctrina Social de la Iglesia y el socialismo» (pp. 468-470). La Iglesia se pronuncia de un modo sistemático en contra de las contradicciones del capitalismo (RN, 1.31; QA, 102-110; PP, 7.23-24.26.33-34; CA, 35.40.42); en cuanto al colectivismo, aunque se distinguen etapas, y dentro de ellas, se admite un socialismo moderado y educador (QA 121-122), se afirma que «socialista y católico son términos contradictorios» (QA, 120), mostrándole un juicio condenatorio (RN, 11; CA, 13-14.24. 41).

38 I. CAMACHO, *Doctrina Social de la Iglesia. Una aproximación histórica*, Madrid, Paulinas, 1991, p. 513, quien en nota al pie de página, acompaña de los siguientes estudios: L. GONZÁLEZ-CARVAJAL, «Las estructuras de pecado y su transformación en estructuras de solidaridad mundial», *Sal Terrae*, LXX (1988) 601-611; del mismo autor: «La *Sollicitudo rei socialis*: una encíclica inquietante», *Cuenta y razón*, 37 (1988) 45-50; M. SCHOOYANS, «Dérives totalitaires et structures de péché. A propos de l'encyclique *Sollicitudo rei socialis*», *Nouvelle Revue Théologique*, CX (1988) 481-502.

5.2. La pobreza evangélica

En consecuencia, la pobreza evangélica consiste en tener un *corazón pobre*, que *opta por los pobres y comparte lo que es y tiene con los pobres*. Queda claro que sólo puede compartir quien posea, y también, que compartir todo y no sólo parte es optar voluntariamente por la pobreza material, con lo cual, la pobreza evangélica se convierte en virtud plena de contenido por su identificación o similitud con el modelo vivido por Jesucristo, que es el centro del Evangelio (cfr. Mc 1,1).

Con similar claridad, sencillez y profundidad se refiere a la *pobreza evangélica* el documento *La Iglesia y los pobres*³⁹ en su número 1: «De acuerdo con la vida y la predicación de Jesús de Nazaret, de la Iglesia primitiva y de los Santos Padres, la pobreza evangélica supone la actitud ideal del cristiano ante los bienes materiales, viviendo con sencillez y sobriedad, compartiendo generosamente con los necesitados, no acumulando riquezas que acaparan el corazón, trabajando para el propio sustento y confiando en la providencia de Dios Padre. Esta forma de pobreza puede y debe adoptar innumerables formas según los tiempos y las circunstancias de cada uno, pero siempre supone unas exigencias fundamentales como seguimiento de Jesús, para alcanzar la verdadera libertad cristiana, la paz y la alegría en el Espíritu, como han aconsejado los maestros espirituales de todos los tiempos. Es necesario aclarar que esta forma de pobreza evangélica nada tiene que ver con la miseria, la indigencia y la marginación, que degradan la condición del hombre como hijo de Dios, y que son males contra los que debemos luchar denodadamente».

Junto al evidente interés bíblico por acoger, dar sentido y solución al sufrimiento de los pobres, «hay una pobreza espiritual y bienaventurada, que está abierta al don de Dios en la fe confiada y en la humildad paciente. La pobreza real es ciertamente un camino privilegiado para esta pobreza de alma. Pero su principio y su fin es la comunión en el misterio de la *libertad de nuestro Señor Jesucristo, el cual, siendo rico se hizo pobre por vosotros a fin de enriqueceros con su pobreza* (2Cor 8,9)»⁴⁰.

5.3. Liberación integral del hombre

Como dice el documento resultante de la Tercera Asamblea del CELAM, reunido al efecto en Puebla, el año 1979, «la aportación de la Iglesia a la liberación y promoción humana se ha venido concretando en un conjunto de orientaciones doctrinales y criterios de acción, que hoy solemos llamar *enseñanzas sociales de la Iglesia*» (nº 343), para concretar más adelante: «la finalidad de esta doctrina de la Iglesia es siempre la promoción y liberación integral de la persona humana, en su dimensión terrena y trascendente, en orden a la construcción del reino último y definitivo» (nº 346), «sin confundir, no obstante, el progreso terreno con el crecimiento del reino de Cristo»⁴¹.

39 Documento de reflexión de la COMISIÓN EPISCOPAL DE PASTORAL SOCIAL, (21 de Febrero de 1994) para promover la reflexión y apoyar las propuestas de acción pastoral emanadas de la LX Asamblea Plenaria de la Conferencia Episcopal Española, dedicada a la Pastoral de la Caridad (15-20 de Noviembre de 1993).

40 LÉON-DUFOUR, X., *Vocabulario de Teología bíblica*, Barcelona, Herder, 1976, p. 701.

41 J. COMBLIN, *Cristianos rumbo al siglo XXI*, Madrid, S. Pablo, 1997, p. 115.

La Iglesia, «tiene el deber de anunciar la liberación de millones de seres humanos, entre los cuales hay muchos hijos suyos; el deber de ayudar a que nazca esta liberación, de dar testimonio de la misma; de hacer que sea total. Todo esto no es extraño a la evangelización» (EN, 30). Según I. CAMACHO, «dos cuestiones se encierran aquí: la salvación como realidad escatológica frente a la liberación inmanente a la historia; la salvación como don de Dios frente a la liberación como fruto del esfuerzo humano. ¿Debe la evangelización limitarse al primer extremo de cada uno de estos dos pares? Si esto supondría una simplificación indebida, ¿en qué sentido hay que entender la síntesis de ambos extremos?»⁴². La respuesta la encontramos en la exhortación apostólica de PABLO VI, *Evangelii Nuntiandi*⁴³: «Entre evangelización y promoción humana —desarrollo, liberación— existen efectivamente lazos muy fuertes» (EN, 31); ahora bien, «la Iglesia asocia, —pero no identifica nunca—, liberación humana y salvación en Jesucristo» (EN, 35). Se trata de no reducir la misión de la Iglesia a un proyecto puramente temporal: la liberación, pues, «de reducir sus objetivos a una perspectiva antropocéntrica; la salvación, de la cual ella es mensajera y sacramento (...); su mensaje de liberación no tendría ninguna originalidad y se prestaría a ser acaparado y manipulado por los sistemas ideológicos y los partidos políticos. No tendría autoridad para anunciar, de parte de Dios, la liberación» (EN, 32); de ahí el deseo expreso de subrayar la «finalidad específicamente religiosa de la evangelización» (ibid.). La liberación evangélica, «no puede reducirse a la simple y estrecha dimensión económica, política, social o cultural, sino que debe abarcar al hombre entero, en todas sus dimensiones, incluida su apertura al Absoluto, que es Dios; va por tanto, unida a una cierta concepción del hombre, a una antropología que no puede nunca sacrificarse a las exigencias de una estrategia cualquiera, de una praxis o de un éxito a corto plazo» (EN, 33).

El compromiso del cristiano en la tarea de liberar al hombre de todo lo que le esclaviza, conlleva primordialmente «la comunión con el Cuerpo y la Sangre de Cristo —que es fundamento y signo de nuestra unidad definitiva, emanada de su cuerpo despedazado en la cruz por nosotros— tiende hacia una unidad en la que todos los criterios e intereses, todos los ámbitos de expresión (tanto privados como sociales) aceptan ser convertidos, en su dinamismo perceptivo y expresivo, por la referencia radical y contrita al misterio de Jesucristo, a su muerte y resurrección»⁴⁴.

En definitiva, se propone un modelo ético que no deduce el deber-ser del ser (la crítica tradicional efectuada a la ética); sino que más bien posibilite que «el deber moral revele el ser del hombre y que, al hacerlo, pueda explicarse por él»⁴⁵.

En este empeño, no ha lugar para la moral burguesa, cuyo principio fundamental es la distinción entre la ética privada y la ética pública⁴⁶, legitimadora del *status* vigente, incapaz de ser un revulsivo contra los poderes esclavizantes, en especial el consumismo; y, descomprometida con proyectos históricos de liberación integral del hombre, que sean signo real y anticipado

42 I. CAMACHO, o.c., p. 451.

43 Este documento, publicado el 8 de Diciembre de 1975, que forma parte del «corpus» de la DSI, es el resultado de la elaboración del Papa PABLO VI, sobre el resumen oficial del valioso material recopilado en el sínodo de 1974, que tuvo como ocupación la reflexión acerca del progreso humano y la salvación cristiana; un complemento ideal al tema candente de *la Justicia en el mundo* (JM), objeto directo del sínodo anterior, celebrado en 1971.

44 H. URS von BALTHASAR y LUIGI GIUSSANI, *El compromiso del cristiano en el mundo*, Madrid, Encuentro, 1981, p. 174.

45 J. MANUEL GÓMEZ FERNANDEZ, *Economía y valores humanos*, Madrid, Encuentro, 1992, p. 70.

46 J. COMBLIN, o.c., p. 330.

del proyecto definitivo, escatológico, de la libertad plena del Reinado de Dios. La verdadera liberación del «yo» se encuentra en el corazón de todas las luchas individuales por la liberación, pues «el drama de la liberación del «yo» prisionero del pecado del mundo, de un pecado que viene desde los orígenes y que es el signo de una vocación grandiosa, no está separado del mundo real y material: está justo en su centro»⁴⁷.

5.4. El uso del dinero por parte de la Iglesia, para el cumplimiento de sus fines

Con la información documentada de lo que la Iglesia dice de sí misma respecto a su relación con el dinero y los bienes materiales en general⁴⁸, «no se puede negar a las instituciones eclesiales que desarrollen actividades económicas que son lícitas para el resto de la ciudadanía. Como es lógico, cada uno, sea o no eclesiástico, tendrá que responder de sus actos: tanto si comete estafa, fraude fiscal o apropiación indebida, como si ha actuado con imprudencia en la gestión de los bienes, al encomendársela de buena fe a gentes sin escrúpulos o al no calcular los riesgos por no haber diversificado las inversiones o haberlas dirigido hacia entidades financieras de no probada solvencia y seriedad»⁴⁹.

La Iglesia, para asegurar el cumplimiento de sus fines, dispone de algunos fondos monetarios de reserva, obtenidos mediante donaciones y fundaciones específicas, que constituyen el capital principal para, construir nuevos centros: parroquiales, asistenciales, de promoción y rehabilitación a favor de los marginados y excluidos de la sociedad; colegios, residencias para la tercera edad. Esos medios financieros, que, en su mayoría están regidos por las respectivas escrituras y estatutos de fundación o constitución; impedidos, por consiguiente, de hacerse líquidos y ser empleados de una vez; la Iglesia, está legitimada, no a especular, ni a arriesgar irresponsablemente lo que ha de administrar diligentemente (cc. 1276;1278; 1280); pero sí a buscar la más alta rentabilidad del patrimonio mobiliario dentro de la normal y lícita participación en el mercado de valores si así se decidiera, o en cualesquiera productos financieros que ofrezca el mercado, siempre y cuando, por este orden, quede a salvo la seguridad de los activos depositados y, mejor, si se acompaña de la mayor rentabilidad.

No se es fiel a la Iglesia, cuando por acción u omisión, se realizan o respaldan actos contrarios a lo que enseña. De ser al contrario, estaríamos buscándonos a nosotros mismos, o a cualquier otro objetivo distinto a los específicos, sobradamente conocidos, en contradicción u obstáculo contra el tesoro que «llevamos en vasijas de barro» (2Cor 4,7).

Por ser muy concretos, las exigencias éticas derivadas de la DSI, constituyen una seria advertencia para quienes se desenvuelvan con excesiva familiaridad y ausencia de cautelas, en las nuevas vías e instrumentos para depositar fondos, existentes en el mercado financiero. Recuérdese el caso de las *finanzas Ponzi*, así denominado, «en recuerdo del estafador estadounidense del mismo nombre, que, en los años veinte del pasado siglo, pagaba los intereses y la devolución de inversiones echando mano de nuevos fondos procedentes de otros inversores»⁵⁰.

47 *Ibid.*, p. 409.

48 El libro V (cc. 1254-1310) del *Código de Derecho Canónico* (CIC), titulado «de los bienes temporales de la Iglesia», constituye un fiel instrumento al respecto.

49 Editorial de la revista *Ecclesia*, n° 3.064, uno de Septiembre de 2001.

50 J. MIGUEL RODRÍGUEZ, «La comunión eclesial y las responsabilidades eclesiales a la luz de la gestión de carteras», *Iglesia Viva*, 207(2001), p. 125.

Compartir lo que la enseñanza eclesial, no significa compartir lo que todos los hombres de Iglesia realicen; «la institución, por tanto, no sería especuladora, fraudulenta ó delincuente, como tampoco sería ladrona, asesina o violadora, porque lo fueran media docena de sacerdotes o religiosos»⁵¹.

6. AUSTERIDAD DE VIDA. (ANTROPOLOGÍA E IDENTIDAD CRISTIANA SUBYACENTES)

En la literatura sapiencial, la fuente es Dios; pero el hombre es el punto de partida y de llegada, sin constituir esto último un círculo cerrado, pues la Sabiduría antigua jamás niega la transcendencia divina. No se entiende al hombre, desligado de Dios, pues el hombre es esencialmente religioso, y por tanto, religado y relacionado con Dios. El mundo está hecho al alcance y medida del hombre, por ello se propone su señorío sobre todas las cosas, sin que por esta razón sea proclamado como un absoluto en competencia con Dios. Sólo en este sentido se acepta la sentencia de Protágoras: «el hombre es la medida de todas las cosas», pues él siempre será la referencia de todo, también de las relaciones con Dios. Se trata de un antropocentrismo religioso, en contraposición a la visión teocéntrica de los profetas y de los apocalípticos. Como afirma J. VILCHEZ⁵², según la concepción de los sabios, el hombre busca a Dios; según los profetas, Dios busca al hombre. Por esta causa, la racionalidad es la norma para los sabios y la Revelación para los profetas. El hombre es imagen de Dios y señor de todas las cosas (Sal 8; Gen 1,26-27; Eclo 17,2ss; Sb 2,23).

Dice una sentencia con paralelismo antitético del libro de los Proverbios: «*Hay quien presume de rico y no tiene nada, quien pasa por pobre y tiene una fortuna*» (13,7). Se trata de una constatación, con bastante cinismo, de la distinción entre ricos y pobres, prescindiendo de los hábitos externos, y que refleja el sentir común sobre esta realidad.

En consecuencia, nada peor, que hombre mísero, con corazón rico; pues no acepta su muy precaria condición, y además, desprecia a los que son como él. Nada mejor, que un corazón pobre, para quien la riqueza, en su caso, sólo es un accidente. Comentario de mayor alcance, que reparar sólo en aquello de no fiarse de las apariencias.

Que el rico sea respetado por su riqueza y el pobre despreciado por su pobreza, es algo que sucede normalmente. Si se desprecia al rico y se respeta al pobre, siempre es por algo de mayor valor que la riqueza, a saber, la sensatez y la sabiduría; de manera que: «*Por su sabiduría el pobre llevará alta su cabeza*» (Eclo 11,1a). No obstante, el ideal residirá en la adición de los dos valores: sensatez y riqueza, y mejor, si añadimos el temor de Dios (Eclo 40,26); así como la desgracia, en la suma de los dos contravalores: pobreza y necesidad; afirmación que es consistente, si a la alabanza de la sensatez y sabiduría, añadimos: «*Buena es la riqueza adquirida sin culpa, mala es la pobreza causada por la arrogancia*» (Eclo 13,24).

La Constitución *Sacrosanctum Concilium* (SC), del Concilio Vaticano II, centra y fundamenta el sentido auténtico de la vida en la obra de salvación realizada por Cristo: «Dios, que quiere que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento de la verdad (I Tim 2,4), habiendo hablado antiguamente en muchas ocasiones de diferentes maneras a nuestros padres por medio de los profetas (Hb 1,1), cuando llegó la plenitud de los tiempos, envió a su Hijo,

51 *Ibid.*

52 J. VILCHEZ LINDEZ, *Sabiduría y sabios en Israel*, Estella (Navarra), Verbo Divino, 1995, p. 79.

el Verbo hecho carne, ungido por el Espíritu Santo, para evangelizar a los pobres y curar a los contritos de corazón, como médico corporal y espiritual, Mediador entre Dios y los hombres. En efecto, su humanidad, unida a la persona del Verbo, fue instrumento de nuestra salvación. Por esto, en Cristo se realizó plenamente nuestra reconciliación y se nos dio la plenitud del culto divino» (SC, 5).

El Evangelio, «es en todo tiempo el principio de toda la vida para la Iglesia» (LG, 20); y el seguimiento de Cristo, el Hombre nuevo, es lo único que da sentido a la vida de todo hombre; Jesucristo: «Él que es *imagen de Dios invisible* (Col I,15) es también el hombre perfecto, que ha devuelto a la descendencia de Adán la semejanza divina, deformada por el primer pecado. En Él, la naturaleza humana asumida, no absorbida, ha sido elevada también en nosotros a dignidad sin igual. El Hijo de Dios con su encarnación se ha unido, en cierto modo, con todo hombre. Trabajó con manos de hombre, pensó con inteligencia de hombre, obró con voluntad de hombre, amó con corazón de hombre. Nacido de la Virgen María, se hizo verdaderamente uno de los nuestros, semejante en todo a nosotros, excepto en el pecado. Cordero inocente, con la entrega libérrima de su sangre nos mereció la vida. En Él Dios nos reconcilió consigo y con nosotros y nos liberó de la esclavitud del diablo y del pecado, por lo que cualquiera de nosotros puede decir con el Apóstol: El Hijo de Dios *me amó y se entregó a sí mismo por mí* (Gal 2,20). Padeciendo por nosotros, nos dio ejemplo para seguir sus pasos y, además, abrió el camino, con cuyo seguimiento la vida y la muerte se santifican y adquieren nuevo sentido» (GS, 22).

El hombre, creado a imagen de Dios, *hombre y mujer* (Gn 1,27), es, «por su íntima naturaleza, un ser social, y no puede vivir ni desplegar sus cualidades sin relacionarse con los demás» (GS, 12), debe dar testimonio de la enseñanza de Jesús, y concretamente, «aunque la Iglesia católica se halle enriquecida con toda la verdad revelada por Dios y todos los medios de la gracia, sin embargo, sus miembros no viven con todo el fervor que tales riquezas exigen» (UR, 4); «todos los católicos deben tender a la perfección cristiana y, según la condición de la cual, esforzarse para que la Iglesia, que lleva en su cuerpo la humildad y la mortificación de Jesús, se purifique y se renueve cada día más, hasta que Cristo se le presente a sí mismo gloriosa, sin mancha ni arruga» (Ibid.).

Este hombre, miembro de la Iglesia, así considerado, que ha de colaborar activamente en la sociedad (GS, 73-75), individual y colectivamente ha de dar ejemplo (GS, 72), respetando la justa jerarquía de valores, «con fidelidad a Cristo y a su Evangelio, a fin de que toda su vida, así la individual como la social, quede saturada con el espíritu de las bienaventuranzas, y particularmente con el espíritu de pobreza» (GS, 72).

Por consiguiente, no ha de buscar más allá de lo suficiente y necesario⁵³ (Pastor de Hermas, *comp. 1,6*; S. Juan Crisóstomo, *2Co h. 19,3*; S. Ambrosio, *ep. 2,15*; S. Agustín, *ep. 130,12; se. 85,6*), viviendo con sencillez, teniendo el hábito de «contentarse con lo que conviene y de procurarse por sí mismo lo que contribuye a la vida feliz» (Clemente de Alejandría, *Pedagogo 2,12*), siendo frugales y caminando ligeros de riquezas (*Ibid. 3,7*). Cada cual se ha de contentar con lo suyo: «Conténtate con lo tuyo. Con que tengamos lo suficiente, la pobreza es estimada por los hombres sensatos por encima de todo verdadero goce y placer» (S. Basilio, *Hexamerón 7,3*). Es necesario guardar la parquedad, según la exhortación paulina: «*Porque nada trajimos al mundo, como nada podremos llevarnos, así que teniendo qué comer y con qué vestirnos,*

53 Los diversos textos que a continuación se expresan, correspondientes a los Santos Padres, se encuentran en: R. SIERRA BRAVO, *Diccionario social de los Padres de la Iglesia*, Madrid, EDIBESA, 1997, pp. 214-223.

podemos estar contentos» (1Tim 6,8), pues, «si en la comida, en los vestidos y vivienda nos decidiéramos a contentarnos sólo con lo necesario, el género humano se vería libre de infinitas calamidades» (S. Juan Crisóstomo, *Gn h. 37,4*). La exigencia es tan clara, que se dará cuenta de lo que sobrepase lo necesario: «No se qué pasa que todos, cada uno según sus fuerzas, estamos atados a la enfermedad de la avaricia y hacemos punto de honor no contenernos dentro de los límites de lo necesario (...) Parece como si no supiéramos que habremos de dar cuenta de todo lo que pasare de lo necesario, como quienes hemos abusado de los bienes que Dios nos ha dado. Y así, Él nos ha procurado todo eso, no para que gocemos solamente nosotros de ello, sino también para remediar la necesidad de nuestros semejantes» (Ibid. 5), pues la verdadera riqueza está en buscar lo necesario y distribuir debidamente lo que sobra (Ibid.). *Danos hoy el pan de cada día, ¿qué quiere decir?: «el que basta para un día»* (Ibid., *Mt h. 19,5*).

Lo que excede la necesidad es superfluo e inútil (Ibid., *Al pueblo de Antioquía h. 2,5*). Es Dios quien quiere que hagamos necesario lo superfluo: «¿Es que (Dios) nos pide algo pesado y molesto? Sólo quiere que hagamos necesario lo superfluo; que lo que tenemos sin razón ni provecho amontonado en los graneros lo distribuyamos debidamente por nosotros mismos, para darle así a Él ocasión de coronarnos espléndidamente. Y así Él tiene prisa y se siente apremiado y no deja piedra por mover, a fin de hacernos dignos de lo mismo que nos ha prometido» (Ibid., *Gn h. 55,4*).

La austeridad de vida, implica generosidad, al menos de lo superfluo: «(Hay) hombres que en dando una miseria de lo mucho que tienen ya se imaginan haberlo hecho todo. Eso no es limosna. Limosna es la de aquella viuda del Evangelio, que se desprendió de todo lo que tenía para sustento de su vida (Mt 12,41 y sigs.). Mas si no eres capaz de dar tanto como la viuda, da por lo menos todo lo superfluo. Pero no hay nadie que de ni lo superfluo. Esas manadas de esclavos, esos vestidos de seda, todo eso son cosas superfluas. Nada es necesario ni forzoso, como podamos vivir sin ello. Todo lo demás es superfluo» (Ibid., *Hb h. 28,4*). Poseer bienes superfluos convierte en deudores; de ahí la consecuencia de distribuirlo a quienes nada tienen: «Oye al Apóstol que nos advierte: *No se trata de que para otros haya desahogo y para vosotros escasez, sino de que, con equidad, vuestra abundancia alivie la escasez de aquellos, para que asimismo su abundancia alivie vuestra penuria* (2Co 8,14). Por lo cual nos dice el señor en el Evangelio: *Quien tiene dos túnicas de una al que no tiene ninguna* (Lc 3,11). Pero si uno se viera sometido a los fríos de Scitia o a las nieves de los Alpes, para soportar los cuales no sólo dos ni tres túnicas son necesarias, sino incluso las pieles de las bestias, ¿estaría obligado a desnudarse para vestir a los demás?. Por consiguiente, con la palabra *túnica* se expresa todo lo necesario a nuestro cuerpo para remediar la debilidad del hombre, que nace desnudo y sin defensas naturales contra el frío. Del mismo modo, el sustento diario quiere decir todo lo necesario para alimentarnos. De aquí el precepto del Evangelio: *No os preocupéis por el mañana* (Mt 6,34); esto es, del futuro. Y el Apóstol dice: *Teniendo qué comer y con qué cubrimos, no deseamos más* (1Tim 6,8). Si tienes más de lo que necesitas para vestir y alimentarte, distribúyelo a los que no tienen y reconoce que les eres deudor de ello» (S. Jerónimo, *ep. 120,1*). Lo superfluo es necesario para los pobres (S. Agustín, *Sobre Jn. tratado 50,6*); y es un fraude no entregárselo (Ibid., *se. 206,2*).